



Antonio de Ciudad Real

“De dos grandes peligros en que se vio la barca en que iba el padre comisario, y de cómo al fin llegó a La Habana”

p. 300-306

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

que no era pequeño, y fortificarla contra otra tempestad que podía venir y de que se temían, y así del medio trinquete y de la cebadera y de la boneta de la vela mayor (que todo esto había quedado) hicieron otra vela mayor, aunque muy pequeña y remendada, con la cual y con el trinquetillo, vela de gavia y mesana, todo pequeño y viejo y lleno de remiendos, llegaron, favoreciéndolos Dios, a La Habana, como adelante se dirá. A la jarcia del árbol mayor echaron una jareta, con la cual quedó fortificado para que no le echase abajo algún otro viento recio, como el pasado, y desta manera prosiguieron su navegación con viento norte hasta la tarde que calmó, y duró la calma hasta otro día a medio día.

Miércoles de la ceniza, dos de marzo, ventó sur, con el cual caminó la barca la vuelta de La Florida, hasta el viernes siguiente en la tarde, que calmó; no pudo el piloto tomar sonda, ni saber en qué paraje ni en qué altura estaba; duró la calma hasta más de media noche, y luego volvió a ventar el mismo sur, con que fue subiendo hacia el norte hasta el sábado en la tarde, cinco de marzo, que tornó a calmar un poco, y tomada la sonda se halló en cincuenta brazas de fondo, y en más altura que era menester, por lo cual viró para atrás y caminó así toda aquella noche.

[CAPÍTULO CXXXVIII]

De dos grandes peligros en que se vio la barca en que iba el padre comisario, y de cómo al fin llegó a La Habana

Domingo por la mañana, seis de marzo, amaneció un día muy triste nublado y tempestuoso, con que puso a los de la barca en grandísimo temor; como iban tan hostigados y amedrentados de la tormenta pasada que aún no se les había olvidado. Amainaron con tiempo las velas y dejaron pasar un viento recísimo y muchos aguaceros, llegó la noche y comenzó a abonanzar el tiempo, y con esta ocasión viraron la vuelta de La Habana, porque le pareció al piloto que era ya tiempo de hacerlo así.

Lunes siete de marzo largó el buen tiempo que llevaba la barca y navegó con él todo aquel día, y pensando el piloto que ya todos los peligros y trabajos quedaban por popa y que estaba muy cerca de la tierra de La Habana, se hizo aquella tarde la barba y con él otros algunos, teniendo por cosa cierta que aquella noche habían de dar sobre el puerto y que otro día por la mañana le tomarían; y como el piloto tenía fija-

do y asentado esto en su pensamiento e imaginación, aunque a la tarde se comenzó a ver agua de fondo, muy clara y patentemente porque era blanquizca, lo cual causó admiración muy grande a todos los marineros y les hizo desconocer el paraje, y ellos y los pasajeros quisieran que se tomara sonda, nunca el piloto advirtió esto que era tan necesario, porque (como él después confesó) iba entre sí dando traza de cómo y a dónde había de tomar puerto, con la confianza que tenía de que estaba ya muy cerca; pero, para hacerle de allí adelante más cuidadoso en negocio de tanta importancia, y menos confiado de su ciencia y saber, permitió Dios que (por descuido) se viesen los de la barca en otro peligro tan grande como el pasado, aunque diferente, y pasó así:

Yendo navegando desta manera, por agua de fondo, con mucho desgusto y desgracia de los marineros de ver el descuido del piloto, ya que había anochecido advirtió uno dellos, y dio voces, diciendo que se perdían y que iban a dar en tierra; miraron todos en ello y, aunque llenos de temor y sobresalto, vieron con la claridad de la luna que iban a dar en una isleta, la cual estaba tan cerca que a descuidarse un credo, menos que cantado, se perdieran todos. Visto el peligro viraron de presto la vuelta de la mar y, tomando la sonda, se hallaron en dos brazas y media de agua, que a no ser la barca tan chata, allí se quedara; huyendo de aquella isla, como los marineros iban ya sobre aviso, fueron descubriendo algunas otras y montaron dos o tres dellas, y por ser de noche y negocio muy peligroso ir así por entre islas, y en parte que no se acababa de conocer, mandó el piloto dar fondo; diéronle con ambas anclas, por estar más seguros. Pasaron toda aquella noche sin dormir, con grandísimos temores y miedos, porque por una parte el viento era recísimo y hacía dar a la barca grandes vaivenes, y a faltar los cabres, que eran viejos y medio podridos, sin remedio ninguno se había de perder la barca y todos los que en ella iban; por otra parte sospechaban lo que era cierto: que estaban cerca de la tierra de La Florida, de indios caribes, y que si los sentían vendrían luego a matarlos y comérselos, y hallaran poca resistencia, porque, aunque llevaba la barca dos tirillos y tres o cuatro arcabuces, no había balas ni aun pólvora, sino muy poca. Todo los puso en nuevo cuidado, y les quitó el sueño, pero acudieron a Dios tomando por intercesora a su madre santísima, la virgen María, prometiéndola que si los libraba de aquel peligro, ayunarían por todo un año, a pan y agua, las vigilias de las fiestas; socorriólos el Señor y no permitió que faltasen las amarras, y así se sustentó la barca hasta la mañana.

Martes ocho de marzo venido el día, vieron una infinidad de islas, casi todas montuosas, llenas de árboles muy altos; imaginó el piloto que

eran las Tortugas, que son unas isletas muy nombradas que están junto a la tierra de La Florida, que los pilotos de aquella carrera van a reconocer cuando van a La Habana, para desde allí dar la vuelta con norte para la misma Habana, y con esta imaginación, que tal era porque las Tortugas quedaban a la mano derecha, habiendo de quedar a la izquierda para ir bien, aunque le aconsejaban que volviese atrás, no aprovechó con él, porque dijo que era el viento contrario, sino determinó de montar todas aquellas islas, diciendo que montadas todas darían en el mar ancho, cerca de La Habana. Púsose por obra su designio e imaginación, y fue la barca corriendo todo aquel día con largo viento, montando islas sin número porque cuando parecía que no quedaba ninguna, entonces se descubren otras y después otras y otras, de suerte que vino a desengañarse el piloto y entender que no eran aquéllas las Tortugas y confesar que no conocía aquella tierra, y que el descuido que él había tenido el día antes, en no tomar sonda, había sido la causa total de la perdición de todos; y con esta pena y desabrimiento se turbó y cegó de tal suerte que no acertaba a regir la barca; unas veces hacía virar para atrás, diciendo que no iban bien, otras que pasasen adelante, imaginando que había de hallar por allí salida entre aquellas islas, otras hacía virar una dellas en la cual pensaba varar la barca, y que aunque ella se perdiese, se salvase la gente, y en comenzando a hacer algo desto los marineros, luego mudaba parecer y les mandaba otra cosa; con lo cual ellos y la demás gente de la barca estaban por una parte muy turbados, y por otra no poco indignados contra el piloto, viendo que los hacía trabajar en balde, y que de todo había sido causa su descuido, como queda dicho. Acudían al padre comisario y a los demás religiosos a consolarse, y parecíale esto al piloto como a la muerte; no podía ver con paciencia que se juntasen aunque no fuesen sino dos, porque luego pensaba que hablaban y murmuraban dél y desta manera y con esta turbación, iba la barca corriendo y montando islas, pensando algunos que por allí habían de salir a la canal de Bahama. Pero íbase mal aliñando, porque mientras más adelante pasaban más iba disminuyendo el agua, hasta que a las tres y media de la tarde se hallaron en braza y media, metidos entre muchas de aquellas islas y muy cerca de unos placeles o arenales, y les fue forzoso dar fondo y aun casi quedó la barca sentada en el suelo. Puestos todos en este peligro tan grande, conociendo el piloto el yerro tan notable que había hecho en no tomar sonda el día antes, y afrentado de ver que por su culpa y descuido se habían metido en aquella angostura, estaba el pobre muy triste y sin consuelo y medio desesperado sin querer hablar con nadie, ni comer, ni reposar, aunque no había dormido aquella noche, ni descansado aquel día, porque

siempre había venido con la sonda en la mano escarmentado de la tarde antes; de la misma manera poco menos estaba el maestre, que se preciaba de piloto, y aquel mismo día blasonaba contra los marineros, diciéndoles, con juramento, que estaba más cerca de España que de La Habana; pero humillóle Dios con este trabajo, con el cual vino a entender y confesar que no sabía dónde estaba.

Viéndolos así el padre comisario y considerando asimesmo el desconuelo de todos y el peligro muy grande en que estaban, cobró ánimo y levantóse de la cama donde iba enfermo; habló al maestre y al piloto y a los demás, con tales razones y persuasión, que hizo que el maestre y piloto comiesen y se alegrasen, y que todos quedasen consolados y muy aparejados para todo lo que Dios quisiese ordenar con ellos; luego el piloto miró bien y despacio la carta de marear, y halló que aquellas islas no eran las Tortugas (porque éstas quedaban atrás), sino unos isleos que están pegados con la tierra firme de La Florida, y que estaba la barca metida en una ensenada della llamada la Flonda, donde por ventura nadie, hasta entonces, había entrado; sabiendo esto por cierto y averiguado, se comenzó a tratar cómo saldrían de allí, porque esto era necesario para salvar las vidas, pero muy dificultoso de hacer según industria y fuerzas humanas, porque había menester viento muy a propósito con qué poder desandar más de veinte leguas que aquel día habían andado, y este viento se había de aguardar por ventura muchos días, hasta que Dios le proveyese, y en la tardanza había riesgo, porque ya se acababa el agua y leña, y casi no había ya qué comer y si los indios caribes los descubrían los habían luego de venir a matar. Determinóse, pues, que luego otro día por la mañana fuesen algunos marineros en la chalupa de la barca a una de aquellas islas, y trujesen leña y agua, si la hallaban, y que considerasen bien la isla para ver si se podía la barca arrimar a ella y saltar en tierra y esperar allí la misericordia de Dios, si se tardase el viento que era menester para salir de aquella ensenada; por otra parte sacaron cuatro arcabuces que llevaban y los limpiaron y comenzaron a aderezar para poder espantar con ellos, y con la poca pólvora que había, a los indios si viniesen. Determinado esto así, y estando los oficiales de la barca con ánimo y determinación de echar, si fuese menester, la mercadería en la mar, para que la barca se alejase, llegó la noche, en la cual estuvo la barca quieta y sosegada, sin dar vaivenes, como si estuviera sentada en el suelo, y los que en ella iban con quietud corporal pero llenos de miedo y sin poder dormir, encomendándose a Dios y haciéndole nuevas promesas y votos. A la media noche comenzó a crecer el agua y el viento, y pareciéndole al piloto que era demasiado este crecimiento y que corría peligro la

barca, porque no tenía más de una amarra, mandó echar otra para mayor seguridad, y para ello y para ir luego por la mañana a la isla por agua y leña, como había quedado tratado, hizo echar fuera la chalupa y que cuatro marineros tomasen en ella la ancla y cabre, y la echasen donde convenía; ellos lo hicieron así, y convínoles darse mucha priesa para no ahogarse, porque a más andar se les iba a fondo la chalupa, que estaba toda rota y agujereada, y con no tardarse media hora, ya iba media de agua cuando volvieron con ella a bordo. Aprovechó esta diligencia de echar el ancla, no siendo muy menester, porque se vio la falta tan grande que tenía la chalupa, en la cual, después de Dios, tenían puesta su confianza todos cuando la barca se perdiese, y se remedió y aderezó muy bien al día siguiente.

Miércoles nueve de marzo, viendo nuestro Señor el peligro y aflicción de los de la barca y el peligro tan grande en que estaban, y cuán mal podían salir dél con sus trazas y trabajo, por mucho que en ello pusiesen, acudió con su misericordia al remedio de todos, y envióles, poquito antes que amaneciese, un ventecito blando y suave, y muy a propósito, y el mismo que ellos pedían para poder salir de aquella ensenada; diéronle gracias por tan singular beneficio y merced, y luego, sin perder tiempo, alzaron las anclas, ayudando para ello el padre comisario y los demás religiosos, dieron velas, y largando el viento, fue Dios servido que desanduvieron en aquel día lo que en el precedente habían andado, y que tornando a montar las mismas islas, y otras algunas más, salieron muy contentos y consolados de donde habían entrado muy tristes y afligidos. En aquella costa y en las demás de La Florida hay ballenas, de las cuales vieron dos los de la barca, aunque pequeñas; éstas sale el ámbar gris, finísimo y muy preciado, cógenlo los indios de aquellas costas, y dellos lo rescatan los españoles por cuchillos, tijeras y hachuelas, y otras cosas de poco precio.

Jueves diez de marzo corrió por la mañana viento sur, no nada favorable, con el cual, aunque dio algunos bordos, ganó muy poca tierra; a la tarde calmó aquel viento y ventó otro favorable, pero duró poco y cambióse con brisa, con el cual corrió aquella noche y viernes todo el día, siempre a la bolina por ser casi contrario. Yendo desta manera, el mismo viernes once de marzo, poquito antes que el sol se pusiese, día de San Gregorio papa (a quien el padre comisario y los demás frailes se habían muy encomendado), se descubrió una tierra muy alta, y aunque fue muy de lejos, luego los marineros conocieron ser tierra de La Habana; quedaron todos admirados porque no sabían por dónde habían llegado allí, ni pensaban estar tan cerca de tierra, antes el maestre y piloto querían,

poco antes que se descubriese, hacerse a la mar, y aun intentaban de desembocar por la canal de Bahama, sin tocar en La Habana, temiendo que allí se les habían de quedar los marineros que iban muy desgraciados con ellos; pero fuera esto género de desesperación, porque ya no tenían leña ni qué comer ni qué beber. Dieron gracias los religiosos al Señor luego en viendo la tierra, y habiendo dado la barca aquella noche algunos bordos, se hallaron a la mañana, sábado doce de marzo, cerca de tierra, siete o ocho leguas bajo del puerto de La Habana. Hiciéronse a la mar, y dando bordos a una parte y a otra, por ser el viento contrario, tornaron al anochecer a llegarse a tierra, mas no pudieron tomar el puerto del cual estaban desviados poco más de dos leguas. Dioles aquella noche calma, que duró gran rato, y eclipsóse toda la luna por espacio de cuatro horas, y con lo uno y lo otro recibieron todos gran desconsuelo, pero mayor era ver que tenían el puerto a vista y tan cerca, y no le podían tomar. Tornó el mismo viento brisa, y con él anduvieron toda aquella noche arando la mar y barloventeando con grandísimo trabajo de los marineros, los cuales en toda ella no durmieron ni aun descansaron un solo momento, y con esta diligencia se acercaron tanto a tierra que las velas de la fortaleza, que estaban en la ribera a la lengua del agua, junto al puerto, los hablaron y les respondían, pero no fue posible tomar el puerto ni llegar donde pudiese estar la barca surta y con seguridad.

Domingo trece de marzo, al amanecer, llegó la barca con sus bordos como un tiro de ballesta de la boca del puerto, y queriendo el piloto virar para dar otro bordo, con que pensaba entrar dentro, tomó la barca por avante, y él, mohino desto, hizo luego amainar todas las velas y dar fondo; acudió luego una canoa del puerto a ver qué gente iba en la barca, y saltó en ella un fraile de los nuestros y fue a tierra, y envió una barca que dio el alcaide de la fortaleza, en que se desembarcó el padre comisario y los demás religiosos, con el piloto y maestre y algunos pasajeros. Fue el padre comisario derecho a su convento, donde fue muy bien recibido y hospedado; oyó misa, que no llevaba disposición para decirla, y descansó aquel día y otros algunos, que todo fue menester según iba de fatigado de tan larga y tan trabajosa navegación; acudieron luego a verle el gobernador de aquella isla y el alcaide de la fortaleza, los oficiales reales y capitanes de las galeras y de la gente de tierra, con los principales del pueblo; y los unos y los otros le hicieron mucha caridad y regalo todo el tiempo que allí estuvo, que fue hasta los cuatro de julio de aquel año. Predicó el padre comisario al pueblo lo restante de aquella cuaresma, ayudándole

fray Alonso de Prado y el augustino, con que toda la gente quedó muy consolada y edificada, y no poco aficionada a nuestro hábito y convento y a las cosas del padre comisario, y muy indignada contra los que así le trataban y perseguían.

[CAPÍTULO CXXXIX]

*De la isla de Cuba, pueblo y puerto de La Habana, y de cómo
el maestre de la barca quiso tornar a embarcar
al padre comisario general*

Luego, como el maestre de la barca llegó a La Habana, buscó velas y jarcias nuevas qué ponerle, y halladas, con lo demás que había menester para el viaje tan largo que le quedaba, queriéndose ya hacer a la vela requirió al padre comisario que se embarcase, en cumplimiento de la provisión del virrey; pero él respondió de palabra lo que, por escrito, había respondido al alcaide de la fortaleza de San Juan de Ulúa, con lo cual el dicho maestre y el capitán de la barca acudieron al gobernador de La Habana, y presentándole la provisión sobredicha con todos los autos que cerca della se habían hecho, así en la Puebla como en San Juan de Ulúa, todos originales, pidió el cumplimiento della; el gobernador respondió que si el padre comisario general tenía qué hacer en España cosas tocantes a su comisión, y se hallaba con salud para ir allá, que fuese, si quisiese, porque él por fuerza no le compelería a ello, así porque no hablaban con él aquellos recados, como por no ser juez del dicho padre comisario sino el general de la orden y el comisario general de Indias, que reside en corte, a quien podían acudir a pedir lo que les conviniese. Notificóse esta respuesta al padre comisario, el cual dijo que respondía lo que tenía respondido; y, con testimonio de todo esto, se hizo a la vela la barca a los veintiocho de marzo, con otros dos o tres navíos que también iban a España, quedándose en La Habana el padre comisario y sus tres frailes y el augustino, después de haber con aquellos navíos escrito a los preladados de la orden, y al rey y su Consejo, lo que pasaba, y contó tenía propósito de pasar desde allí a la provincia de Yucatán; y aunque la barca arribó a Puerto Rico, llegó a España once días antes que saliese la flota para la Nueva España, según después se supo.